**Acerca del recurso de la animalidad en narrativas utópicas: *Nosotros* de Evgueni Zamiatin y *Dzhan* de AndréiPlatónov**

Ana Belén Fernández

Annaf.ghirardi@gmail.com

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

1. **Introducción: la animalidad en cuestión**

La centralidad del hombre sobre el resto de los seres vivientes está relacionada, en sus orígenes, a la idea de que había algo “propio” que debía ser estudiado, cultivado y preservado como tal. En palabras de Mónica Cragnolini, “la soberanía del modo de ser humano determinó una relación frente al resto de los seres vivos que fue pensada básicamente en términos de dominio y propiedad: en este contexto, los animales son parte de esa otredad que es anulada como tal” (2016: 15).

Así, lo extraño del modo de ser del animal se neutraliza a través de su inclusión en el reino de la regularidad: su accionar es previsible gracias a sus instintos, a diferencia del modo de ser humano que, en función de su libertad, escaparía a la cadena de la regularidad. De este modo, lo animal se asimila al reino natural, posicionándose bajo la tutela y la superioridad del humano, quien se postula a la cabeza de esta relación jerárquica.

Este trabajo se propone relevar en las obras *Nosotros* de Evgueni Zamiatin, y *Dzhan* de Andréi Platónov, la utilización del recurso de la animalidad como modo de problematizar la noción de hombre. En ambos casos la implementación de un sistema político nuevo se presenta como la solución definitiva al descontento social. La anulación de la libertad y el ritmo de la previsible monotonía matemática es la solución que se encuentra en *Nosotros*, mientras que en *Dzhan* el pueblo emprende el arduo camino a un socialismo que le es inculcado artificialmente a partir de un emisario del partido. La búsqueda de la felicidad, como eje que sintetiza la experiencia vital de los narradores, se complejizará a medida que el encuentro con otras voces no humanas ponga en contradicción sus convicciones, y dejen entreveer un horizonte donde lo humano y lo animal convergen.

1. **La animalidad como impulso vital en *Nosotros***

*Nosotros* es una novela escrita hacia 1921 por Evgueni Zamiatin, apenas unos años después de finalizada la Primera Guerra Mundial. Se trata de una obra que renueva el género utópico gracias a su particular fusión de pesimismo social y ficción científica (Rest, 1978: 202). Desde el título mismo ya se anuncia la propuesta plural: el “nosotros” ha desplazado a toda individualidad a partir de una planificación estatal. Esta distopía colectiva, que no deja lugar a disidencias, tiene la primera a partir de la figura del narrador: a pesar de tratarse de un número, la escritura testimonial de un sujeto –D-503- se impone imprimiendo sus memorias a una futura generación de lectores. Éstos, no serán de esta Tierra, ya que los escritos de D-503 viajarán al espacio una vez que esté lista la nave Integral, cuya construcción se encuentra a cargo del narrador.

Así es presentado el funcionamiento del Estado Único y el aparente triunfo de la razón. El presente de la narración es puesto continuamente en tensión con un estadio anterior, con un pasado que perteneció a una generación de “Antiguos” que vivió hasta el Siglo XX. “Estos hombres, calificados de nerviosos, erráticos y salvajes, desconocían la composición matemática de la vida: sus inconsistencias han sido abolidas una vez finalizada la Guerra de los Doscientos Años y fundado el Estado Único” (Casado Díaz, 2008: 3). La Revolución que ha consagrado el estado de cosas actual ha sido la última: el dominio del Bienhechor y la custodia de los Guardianes por sobre todos los números garantiza el bienestar en la ciudad. El Muro Verde se convierte en el límite entre un mundo cifrado y un mundo irracional. De este modo, la elección por una racionalización de la vida ha eliminado toda libertad posible: no hay espacio para errores de cálculo, la felicidad debe ser uniforme y completa.

Sin embargo, esta regularidad en el ciclo vital de D-503 comienza paulatinamente a mostrar sus inconsistencias a partir de la aparición de elementos propios de este pasado remoto. Llegado a este punto, la crítica de Zamiatin a esta sociedad científica-utópica se nutre del recurso de la animalidad. Ante las emociones matemáticas que dominan la mayor parte de la novela, esbozos de ciertas pulsiones reprimidas comienzan a emerger en D-503, quien no comprende lo que experimenta. Estas nuevas y extrañas vivencias se revisten de caracteres salvajes, por lo general son experimentadas como la presencia de una animalidad latente que dispara la pregunta acerca de la existencia de otros modos de ser no-numéricos. Es así evidente en uno de sus primeros encuentros con I-330. Ella, que lo cautiva y lo conduce paulatinamente a cuestionarse sus convicciones, se descubrirá posteriormente como rebelde y enemiga del régimen. En su primera cita, el narrador reflexiona acerca de sus manos:

No soporto que me miren las manos. Están cubiertas de vello, son peludas. Es algún atavismo absurdo. Le tendí la mano y le dije con mi tono más indiferente:

* Son manos de simio.

Miró mis manos y luego mi rostro:

* Sí, se trata de un conjunto muy curioso. (Zamiatin, 1924: 15)

La interacción del narrador con I-330 lo moviliza, le despierta paulatinamente impulsos que desconoce. La noción de sí en tanto número racional comienza a tensionarse con la aparición de una manifestación de un modo de ser salvaje, irracional, de tal intensidad que le produce un desdoblamiento:

Me hice de vidrio. Vi el interior de mí mismo.

Había dos <yo>. El primer <yo> era el antiguo D-503, el número D-503, y el otro…Antes había sacado en contadas ocasiones sus patas peludas del cascarón, pero ahora había salido todo entero, el cascarón crujía, se había hecho añicos y…¿qué iba a suceder? (57).

Esta escisión complejiza la experiencia sensorial del narrador, quien ya no puede lograr asir un espacio de pertenencia propio de un número. Más adelante reflexiona: “El *Homo sapiens* es sólo hombre en el sentido pleno de la palabra cuando en su gramática no existen los interrogantes, sino sólo los signos de exclamación, los puntos y las comas.” (109). Es precisamente sobre la base de estas certezas que opera el recurso de la animalidad, desestabilizando una regularidad artificial, desenmascarando aquellos elementos que habían quedado marginados para que la sociedad científica-utópica pudiese funcionar correctamente.

A medida que gestan los preparativos para los sucesos contrarrevolucionarios, en la novela prolifera la presencia de símiles de animales. Es así como sucede en el Día de la Unanimidad, ocasión destinada a rememorar y afianzar los votos a favor del Bienhechor. Éste se presenta detentando todo su poder de dominación sobre los números, análogamente a una araña cuya tela invisible sujeta los brazos y las manos del narrador (129). Presos de la felicidad, ciertos números deciden votar en contra del Bienhechor, lo cual genera grandes disturbios e interrumpe la celebración. Allí, D-503 señala que R saltaba “de banco en banco, repugnante y ágil como un gorila” enseñándole “los dientes como una bestia feroz” (131). Esta falta de correspondencia entre la racionalidad aparentemente propia de un número y la emergencia de sus instintos vitales subraya las contradicciones de esta composición matemática.

En este sentido, el estatuto cerrado de “número” comienza a erosionarse y el narrador, así como aquellos otros números presentes en la celebración, se siente “oprimido por una X de cuatro patas” (27) que busca una realización efectiva, un salto cualitativo para dejar de ser una incógnita y reinsertarse en el flujo vital. Frente a esta falta de conciliación de fuerzas, D-503 es finalmente diagnosticado como enfermo para esta sociedad: posee un “alma” que no necesita, es portador de unas “alas” sin plumas ni destinos (85).

Finalmente, ¿Se trata de un número o de un salvaje? ¿Es posible una diferenciación efectiva de categorías? La reflexión impulsa a D-503 a escribir, quien evalúa su presente a partir de la construcción del Muro Verde. En su encuentro no verbal con un animal salvaje quedará signado un intento de conciliación con aquello que ha sido marginado, impugnado, y sometido a la superioridad de la racionalidad humana. Escribe el narrador:

El ser humano dejó de ser un animal salvaje solamente cuando levantó el primer muro. Cuando mediante el Muro Verde aislamos nuestro mundo perfecto y mecanizado del mundo irracional de los árboles, los pájaros, los animales…

A través del vidrio lechoso percibí el corto hocico de un animal; sus ojos amarillos repetían con insistencia una idea que no entendía. Nos miramos a los ojos durante un momento, unos abismos en los que se penetra desde el mundo exterior. Entonces oí que me decían:

* ¿Y si este animal de ojos amarillos, en su sucio arbusto de hojas, en su vida no cuantificada es más feliz que nosotros?

(…) ¡Pobre animal! ¿Más feliz que nosotros? ¡Qué disparate! Tal vez más feliz que yo, eso sí, porque soy una excepción: estoy enfermo (88).

1. **Humanidad y animalidad desjerarquizadas en *Dzhan***

Cuanto más insignificante es una criatura, más contenta está de la vida, porque se la merece menos que otros. Un mosquito minúsculo es un espíritu de lo más feliz. Platónov, 23.

La precaria situación de los pueblos centroasiáticos a lo largo de los años ’30 fue plasmada por Platónov en la *póviestDzhan*. Titulada a partir de una creencia turcomana, el término significa “alma que busca la felicidad” y se aplica como principio espiritual que guía a los miembros de la tribu nómade que es conocida por ese nombre y de la que proviene el protagonista, NazarChagatayev. Éste, abandonado por su madre en el desierto, es rescatado por un miembro de la Unión Soviética y trasladado a Moscú, donde completa sus estudios.

La primera parte de la obra, que trascurre bajo un escenario moscovita y narra el encuentro de Nazar con su esposa Vera, puede considerarse “un prólogo realista a la segunda parte, en cuyo género son mostrados los episodios de sufrimiento y salvación del pueblo Dzhan” (Krasnoshókova, 1979).En este sentido, la segunda parte es considerada una leyenda gracias a su fuerte carga simbólica: el retorno de Nazar al desierto natal se produce a partir de una peregrinación de siete días, y el encuentro con un camello al llegar al río seco de Kunia-Daria signará su misión y vivencias posteriores. Encomendada la tarea de implantar el sistema socialista a su pueblo Dzhan como solución a toda infelicidad presente, lo que Chagatayev se encontrará en los miembros de su tribu lo preludia su visión del animal, que se describe a partir de sus rasgos humanizados, con la salvedad de que no ha aprendido a llorar:

(…) Chagatayev vio a un camello, sentado como un hombre, apoyándose con las patas delanteras en un montón de arena. El camello era escuálido, con las gibas caídas, y miraba tímidamente con unos ojos negros de hombre inteligente y triste (…) A lo lejos se arrastraba un cardo corredor redondo; el camello siguió la hierba viva con los ojos, bondadosos por la esperanza, pero el cardo se le escapaba; entonces el camello cerró los ojos, porque no sabía cómo se lloraba (Platónov, 1935: 137).

Hacer la felicidad en “el fondo infernal de Sarí-Kamish” (142) implica en primer lugar un encuentro con una geografía árida, desolada y desprovista de recursos: el desierto repele la vitalidad de quienes lo habitan, consolidándose en un escenario tanto material como espiritual. El camello, y posteriormente los miembros de la tribu que Chagatayev irá encontrando, habitan una miseria que no distingue categorías: se encuentran igualados en sus condiciones de existencia. En este sentido, el desierto provee un medio en donde se despliega un universo sensorial de cuerpos heterogéneos que se encuentran, habilita “una zona de contacto que erosiona los límites del binomio humano-animal” (Deleuze, 2002).

Ocurre de este modo cuando Nazar encuentra a su madre, quien sin hablarle arrastraba su cara por su cuerpo, le examinaba las telas, lo miraba con sus ojos pálidos, lo redescubría para olvidarlo luego, ya que “la miseria había agotado todas sus fuerzas” (Platónov, 1935: 149). Ocurre un mismo contacto visual y un reconocimiento del otro en el encuentro con una gran cantidad de animales: ovejas, pájaros, tortugas, incluso un perro sin dientes. En cada contacto, el acercamiento sensorial, no verbal, ofrece información nueva:

El perro negro miraba a Chagatayev, abría y cerraba la boca haciendo movimientos de ira y de ladrido, pero no conseguía emitir un sonido. Al mismo tiempo levantaba las patas delanteras, la izquierda o la derecha, tratando de provocar en sí la furia y tirarse sobre el desconocido, pero no lo conseguía. Chagatayev se inclinó hacia el perro, éste le agarró la mano y la frotó con sus encías desarmadas: no tenía ni un diente. Chagatayev tocó el cuerpo del perro: dentro latía agitadamente un corazón cruel y mísero y en sus ojos había lágrimas de desesperación (155).

De este modo, el recurso de la animalidad en esta *póviest*funciona para abandonar una jerarquía de lo humano por sobre el resto de los seres vivientes: en *Dzhan* todos se encuentran igualados gracias a su relación con el sufrimiento y la muerte. Se trata de una cadena: las ovejas, el pueblo y las fieras, una triple marcha que se movía en el hostil desierto (179). Una cadena que actúa procurando fatigar el sufrimiento de la lucha, en el cuerpo muerto del enemigo o en su propia aniquilación (190). Es así que las ovejas pueden cumplir su función en seguir a Nazar como pastor y servir de alimento, pero posteriormente es el cuerpo humano de Nazar el que se expone a los pájaros como carnada, a riesgo de su propia vida. En este enfrentamiento, de nuevo los ojos de los pájaros expresan un cálculo sobre su presa, incluso indiferencia o amenaza (186). Se trata de un diálogo no verbal donde se reconocen los actores como elementos de la cadena, esperando un desenlace.

Proyectar un sistema artificial allí donde las características materiales repelen toda felicidad implica en segundo lugar un movimiento utópico. Con motivo de socorrer a su pueblo, Chagatayev debe enseñarles el valor de la creencia en un ideal socialista, para devolverles aquella felicidad enjaulada que no se ha probado todavía, pero que en cada hombre late con fuerza (192). En este sentido, para Nazar el sufrimiento no es más que un espejismo del desierto, no una condición efectiva de la tribu: ha de ser superado ya que todo hombre desea, aunque aún no lo sepa o lo haya olvidado, ser feliz.

Esta utopía ha encontrado dos desenlaces: uno donde el nuevo sistema implantado funciona correctamente, y otro, que ha sido censurado en su momento, donde la esencia propiamente nómade de la tribu repele toda posibilidad de socialismo. En este último, Chagatayev reflexiona acerca de su misión, comprendiendo que su éxito ha sido devolverle a su pueblo la vida que había olvidado que tenía, pero que, sin embargo, la búsqueda de la felicidad debe ser una misión que debe procurarse la tribu a sí misma, ya que “ellos saben mejor qué deben hacer” (213). Así, Platónov logra conciliar las experiencias sensoriales propias del contacto con el desierto, de aquellos cuerpos heterogéneos en continuo movimiento o reposo, con la búsqueda por una sociedad utópica donde la miseria no corroa las almas y los cuerpos. La respuesta a esta búsqueda, paradójicamente o no, para los miembros del pueblo Dzhan no responde a una motivación colectiva: se logra caminando libremente más allá del horizonte.

1. **Conclusiones**

El análisis del recurso de la animalidad presente en ambas obras ha dado lugar a ciertas reflexiones con respecto al binomio humano-animal.

En *Nosotros* ha logrado despertar la pregunta por los alcances de qué implica ser humano, reevaluando si estos modos de ser salvajes son propios de un estadio anterior o laten aún en el interior de los números. La libertad se abre paso desestabilizando una regularidad artificial: aparece un intento de conciliación con otros modos de ser. En este contexto de encierro en las ciudades, animales y humanos que llevan una vida “animalizada” han quedado marginados al otro lado del Muro Verde, observando y señalando a partir de un comportamiento no verbal los abusos del totalitarismo que presenta la sociedad científica-utópica. En suma, esta conexión con la animalidad le permite al narrador reflexionar acerca de su propia condición, y a Zamiatin construir su crítica social.

En *Dzhan* animales y humanos conforman una unidad que marcha en el desierto. Las miserables condiciones de vida hermanan a todos los seres vivientes que se comportan de maneras análogas para sobrevivir. Se trata de cuerpos heterogéneos que se reconocen y se rechazan, que pueden ser cazadores o presas, que lloran sin lágrimas, que hablan sin lenguaje. La suspensión de jerarquías conduce a su vez a producir una revalorización del modo en que todos los seres vivientes tienden a buscar su bienestar. La inclusión de la animalidad permite a Platónov enriquecer el horizonte sensorial de Nazar, cancelando en última instancia toda posibilidad de escala evolutiva.

**Bibliografía**

Casado Díaz, O., (2008) “La función de la literatura en las novelas utópicas: de la amenaza a la disidencia”. Recurso online: <http://www.um.es/tonosdigital/znum15/secciones/estudios-7-Novelas%20utopicas.htm>

Cragnolini, M. B., (2016) *Extraños animales. Filosofía y animalidad en el pensar contemporáneo*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Deleuze, Gilles, y Guattari, Félix, “10: Devenir-intenso, devenir-animal, devenir-imperceptible…”, en: *-, Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Traducción de José Vázquez Pérez con la colaboración de UmbelinaLarraceleta. Valencia: Pre-Textos, 2002, pp. 239-315.

Krasnoshókova, E., (1979) “La poética de AndréiPlatónov.” En: *Eslavas UBA* (Blog). Edición y traducción de Omar Lobos. Recurso online: <http://eslavasuba.blogspot.com/2011/06/v-behaviourldefaultvml-o.html>

Platónov, A., (1935) *Dzhan*. Traducción del ruso de Amaya Lacasa.Madrid: Alianza Editorial.

Rest, J., (1978) “Zamiatin y sus herederos ingleses.” En: *Mundos de la imaginación*. Buenos Aires: Monte Ávila Editores.

Zamiatin, E., (1924) *Nosotros*. Traducción del ruso de Margarita Estapé. Barcelona: Tusquets Editores.